reportajes de la ciudad

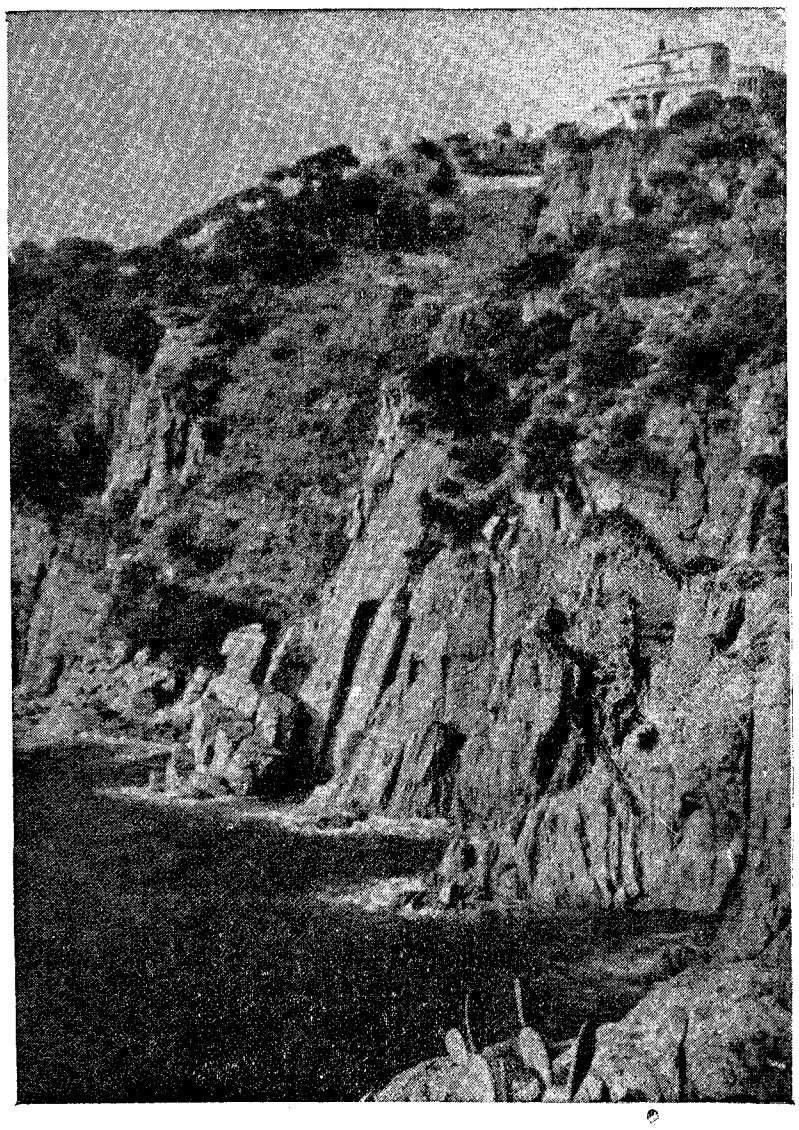
LOS SANTOS DEL MAR

Junto al arroyo que pasaba en las proximidades del monasterio benedictino y fuera del recinto amurallado, hubo en aquellos tiempos remotos en que la villa podía ser tomada por asalto, una capilla dedicada al glorioso San Nicolás, obispo de Mira, y cuya construcción, por contar este santo con muchos devotos entre los navegantes, se supone fué costeada por gente marinera. En ella llegaron a arder perpetuamente más de veinte lámparas, y hay noticia de que fue derribada por los mozos del monasterio a fines del siglo XVI con miras a asegurar las fortificaciones, bien que con el firme propósito de fabricar otra al amparo de las murallas a fin de que no se extinguiese la antigua y fervorosa gratitud al Santo.

Pero la piedra de dicho templo, de antiquísima tradición y perteneciente al parecer a la época románica, utilizóse para otros fines siendo transferidos al altar de San Pedro de la iglesia parroquial los beneficios de la capilla de San Nicolás, (1) que fue, por lo visto, el primer patrón y abogado de nuestros marineros.

Mucho más conocido y popular resulta ser el patrocinio de otro santo que con el nombre de **Telmo** invocóse a partir del siglo XV, por mas que este apelativo no fuese sino una abreviación o corrupción del de **San Erasmo** mencionado en el Martirologio Romano el día 2 de Junio y que hacia fines del siglo III era obispo de una iglesia del patriarcado de Antioquía. Este santo, después de haber sido martirizado por Diocleciano, embarcó para Italia muriendo en el año 303 en una población marítima cerca de Gaeta, en donde fué venerado muy particularmente por los navegantes. De ahí que desde tiempo antiguo se invocara por éstos en las tempestades y los lances de mar a **San Ermo** o **San Elmo** nombres que solo suponen, según se ha dicho, una simple abreviatura de aquél. El nombre de **Erasme** pasó, en efecto a ser **Erm**, derivando finalmente en **Elm**, y, luego, tomando por vicia la **T** de la palabra **Sant**, convirtióse rutinariamente en **Telm**. Así se llamó, pues, el titular de la ermita **del Castellar** invocado por el público y que como **San Erasmo** representose con ornamentos episcopales en consonancia con su dignidad eclesiástica.

Como unos mil años después de la muerte de **San Erasmo**, fallecía en Tuy (Galicia) **San Pedro González**, nacido en 1.185 en la villa de Fromista del obispado de Palencia, de cuya iglesia había sido deán, dignidad a la que renunció para tomar el hábito de la entonces naciente orden de Santo Domingo. Fueron tantas y tan extraordinarias las virtudes de este santo varón que los pueblos y en particular los mareantes de las costas de Galicia y Asturias le invocaban en los trances apurados, y fué entonces cuando empezó a aplicarse el popular nombre de **Telmo** por aquella marineria a **San Pedro González**, según queda demostrado en los Santorales en los que figura en el dia 14 de Abril con la mención «**vulgo San Telmo**». La imágen de **San Pedro González** al que el vulgo dió en llamar **San Telmo**, no puede representarse con ornamentos episcopales y si solo con el hábito de dominico.



Por lo expuesto fácil es colegir el error en que incurrirían los navegantes al invocar con el nombre de **Telmo** al santo de su devoción, que los artistas pintaron unas veces con ornamentos episcopales y otras con el hábito de los religiosos de la Orden de Predicadores; ambos teniendo en la mano una pequeña embarcación, sin que se pensara, por otro lado, en la respectiva época para la conveniente representación de la nave, ya fuese ésta galera o saetía, etc., etc , toda vez que **San Erasmo o Elmo** y **San Pedro González** vivieron en épocas muy apartadas la una de la otra y ocuparon en la Iglesia muy distintas categorías.

Más tarde, a principios del siglo XVIII, colocábase en la ermita del Castellar una imágen de la Virgen con el hermoso título de «**Nostra Senyora del Bon Viatje**», venerada a través de los vaivenes y conmociones de los tiempos como patrona de este incomparable y ennoblecido trozo de costa que se engalanó con su manto. Toda luz, toda resplandor, fué para los navegantes el lucero del mar y su abogada en las horas de angustia de ansiedad y de esperanza. . .

J. Soler Cazeaux

(1).— (González Hurtebise).